MARÍA ZAMBRANO Y LA EXPERIENCIA DEL EXILIO

María Luz Blanco Camblor

Universidad de Valladolid, España

Pocas veces he participado en un Congreso con una ponencia en la que se conjuntaran varios hechos que me motivaran a hacerlo sobre el tema elegido, un tema que aúna la línea de investigación que he seguido en mis años de docencia universitaria en Valladolid, el del exilio de los escritores en el siglo XX, con actividades realizadas por nuestra Asociación. Además, los escritores sobre los cuales versa mi comunicación están relacionados con los miembros de nuestra Asociación, ya que los dos fueron docentes en Universidades y en Institutos de Educación Secundaria.

En primer lugar quiero mencionar el interesante viaje realizado a Vélez-Málaga el año pasado dentro del marco de las actividades organizadas durante nuestro último Congreso en Málaga, el cual, aparte de permitirme disfrutar de un día maravilloso en su conjunto, me dio la idea de escribir esta comunicación después de visitar el lugar de nacimiento y sede de la Fundación María Zambrano, esa insigne filósofa y extraordinaria escritora y ensayista, que fue, sin lugar a dudas, una de las mujeres más interesantes del siglo XX y una de las mentes más lúcidas de nuestros intelectuales; una mujer de la cual podemos sentirnos, con razón, orgullosos todos los españoles y en especial nosotras, las mujeres. Una mujer que supo brillar con luz propia en un momento oscuro y confuso de nuestra Historia, consiguiendo que el haz luminoso que emanaba de su prodigiosa mente, unido a su extraordinaria personalidad, se proyectara en los países de los dos Continentes donde residió y pudiera mantenerse vivo a pesar de los vaivenes políticos hasta conseguir, con su extremada sensibilidad, mostrarnos los complejos estados anímicos del ser humano, dejándonos como legado suyo unos escritos donde nos muestra un camino a seguir para ayudarnos a aprehender el verdadero sentido de nuestra existencia, proporcionándonos con ellos unas claves basadas en su racionalidad poética, para ayudarnos en la búsqueda de la verdad, de la belleza y de la libertad, en esta caótica y confusa sociedad que nos ha tocado vivir. Ese afán por buscar la verdadera esencia de las cosas y el deseo de mantenerse fiel a sus principios fue lo que la obligó en su día a exiliarse, como les sucedió a tantos otros intelectuales del siglo XX.

El exilio de los intelectuales no es nada nuevo, como todos sabemos. Exilio y destierro han existido siempre a lo largo de la Historia y su causa ha sido, en la mayoría de los casos, por razones políticas. Exiliados estuvieron Ovidio, Dante, Madame de Stäel, Miguel de Unamuno, Jorge y Claudio Guillén, Alberti y María Teresa León, Luis Cernuda, toda la familia Mann (Thomas, Heinrich, Klaus, Erika, Golo), Stefan

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

Zweig, Anna Sehgers, Brecht, y tantos, tantos otros... En cada país tuvieron lugar acontecimientos históricos que motivaron que algunos o muchos de sus ciudadanos tuvieran que cambiar su lugar de residencia por imposición ajena y este hecho afectó, principalmente, a los intelectuales, y, en especial, a los escritores. El siglo XX, con sus tremendas y destructoras guerras, originó oleadas de exiliados dentro y fuera de Europa que huían buscando en otros continentes el refugio y amparo que no encontraban en el suyo - que en el caso que ahora nos ocupa, es el nuestro-, y del cual partieron, muchos de ellos para no regresar jamás.

Aunque existen infinidad de casos que podrían ejemplificar lo dicho voy a centrarme especialmente en el de María Zambrano, como corresponde al título de mi ponencia, aunque también dedicaré una parte a Antonio Machado.

María Zambrano había nacido el 22 de abril de 1904, en Vélez-Málaga, hija de D. Blas José Zambrano García de Carabantes y Dña. Araceli Alarcón Delgado, maestros los dos en la Escuela Graduada de Vélez, de la cual el padre era director. En 1908 sus padres se trasladaron a Madrid, donde su padre ejercerá como profesor de Gramática Española durante un curso. Al año siguiente cambiarían su residencia a Segovia al tomar su padre posesión de la cátedra de Gramática Castellana en la Escuela Normal. Gradualmente D. Blas se va convirtiendo en eje de los movimientos progresistas de la ciudad y es aquí donde entablará una estrecha amistad con Antonio Machado, con el cual participará en la fundación de la Universidad Popular. Ambos desarrollan una amplia actividad sociocultural. En 1917 D. Blas funda la revista *Castilla* y dos años después el periódico *Segovia*.

Entre los años 1913 y 1921 María Zambrano realiza sus estudios de Bachillerato, al tiempo que va adquiriendo un profundo interés por la literatura de la mano de su primo Miguel Pizarro, quien la iniciaría igualmente en el estudio de Nietzsche y le presentaría, en 1921, a Lorca. Ese año comienza oficialmente a estudiar Filosofía en la Universidad Central de Madrid, ciudad donde volverían a residir sus padres en 1924. Comienza una etapa muy intensa en su formación filosófica, asistiendo a las clases de Ortega y Gasset, J.M. Morente y las primeras de Zubiri, integrándose, asimismo, en la tertulia de la Revista de Occidente. En 1928 participa activamente en movimientos estudiantiles a través de la FUE (Federación Universitaria Escolar), desde donde promueve encuentros con intelectuales y políticos. María Zambrano entrevista a personalidades como Azaña y Vallé-Inclán. A finales de junio fundan la Liga de Educación Social (LES), de la cual ella es vocal. *El Norte de Castilla,* de Valladolid, *La Nau*, de Barcelona, y *La Libertad,* de Badajoz ceden a estos jóvenes entusiastas columnas semanales en sus periódicos. María publica en el periódico madrileño *Liberal* 12 artículos en la columna «Mujeres» de la sección «Aire Libre» y un año después ve la luz su primer libro *Horizonte del Liberalismo*. A partir de 1931 empieza su etapa docente -imparte clases durante los 3 cursos siguientes en la Universidad Central de Madrid, en el Instituto Cervantes en el curso 1935-36 y en la de Universidad de Barcelona en 1938, actividad que proseguiría en el exilio en las Universidades de Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

(Méjico), en 1939, y las de La Habana y Río Piedras, de Puerto Rico, entre 1941 y 1946, alternando la docencia con ciclos de conferencias. La muerte de su madre en París, donde residía desde 1939 con Araceli, su otra hija, origina su regreso a Europa y marca un hito en el exilio de María Zambrano, pues a partir de ese momento lo compartirá de lleno con su hermana hasta el fallecimiento de ésta, en 1972.[1]

Los años de su exilio europeo están marcados más por su actividad creativa literaria y sus conferencias, que por su docencia. Permanece dos años en París, durante los cuales se relaciona con la intelectualidad parisina: entre las personas que le presentan se encuentran, entre otras muchas personalidades del arte y de la cultura, Albert Camus, Sartre, Simone de Bauvoir y Picasso, con quien inicia cierta amistad, aunque no llegan a congeniar, a pesar de la admiración del pintor por ella.

En 1948 regresa con su hermana a Cuba, isla por la que María Zambrano tuvo una gran preferencia y a la que se sintió muy vinculada, llegando a denominarla como su «patria prenatal»[2]. Ciclos de conferencias y un curso sobre Ortega y Gasset en la Universidad, así como otro sobre San Juan de la Cruz, en el Ateneo, constituirán sus actividades docentes. A principios de 1949 se traslada a Méjico cuya Universidad le había ofrecido la cátedra de Metafísica. En un principio la acepta, renunciando posteriormente a ella para volver a La Habana, donde permanecerá hasta junio de ese mismo año que regresan a Europa. Durante un tiempo las dos hermanas viajan por Italia hasta abril del siguiente año en que vuelven a residir en París hasta la primavera de 1951. De nuevo se trasladan a La Habana hasta 1953, año en que se instalan en Roma donde permanecerán hasta 1959, con excepción de un corto viaje que María –esta vez sola-, hace a Cuba. Y será aquí, en Roma, donde «comienza a ser el modo en que María va a ir quedándose en la orilla y asumir el exilio completo», en palabras de Jesús Moreno Sanz.[3] Y, en efecto, es aquí donde realmente se convierte en «exiliada» si tenemos en cuenta su propia teoría en la diferenciación que hace entre emigrante, desterrado y exiliado.[4] Aquí se reencontrará con antiguos amigos y escritores: Jorge Guillén, Nieves de Madariaga, J.M. Semprún, Alberti y María Teresa León, entre muchos otros. Es en Roma donde se entera de la muerte del que fuera su maestro Ortega y Gasset, acaecida el 18 de octubre de 1955. A pesar de los desencuentros habidos entre los dos en los años previos al exilio de María Zambrano debido, principalmente, a las diferencias políticas surgidas entre ellos, la muerte del filósofo la afectó profundamente, según le manifestaba a Rosa Chacel en una carta fechada el 18 de octubre 1955: «(...) Y su muerte me ha hecho ver que le amaba aún más de lo que creía, que le amaré siempre. Estoy hace

---

1 Cfr. Jesús Moreno Sanz: «Luz para la sangre. Genealogía del pensamiento en la vida de María Zambrano», en José María Beneiyto/ Juan Antonio González Fuentes (coords.): *María Zambrano. La visión más transparente*. Madrid: Editorial Trotta, 2004, págs. 13-37

2 Cfr. Las manifestaciones hechas por Jorge Luis Arcos en el DVD *Una muchacha llamada María*, dirigido por Irene del Pozo y Marta Saleta y promovido por el Excmo. Ayuntamiento de Vélez-Málaga

3 Cit por Jesús Moreno Sanz en *Ibídem*, pág. 31-32.

4 Cfr. María Zambrano: *Los Bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990, págs 31-32.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

muchos años alejándome de ciertos aspectos de su pensamiento, de la Razón histórica, concretamente. Mi punto de partida es la Vital, pero la he desenvuelto a mi modo. Eso no importa, seré su discípula siempre».[5] En los próximos meses publica varios artículos sobre el que fuera su maestro.

Desde 1959 y hasta la muerte de su hermana, en febrero de 1972, cambian varias veces de lugar de residencia: Suiza, Francia, de nuevo Italia. Son años de intensa creación literaria, con infinidad de escritos, entre ellos «Carta sobre el exilio», colaboraciones y reseñas que se publican en diversos países; de gratos encuentros con amigos de los dos Continentes, pero también de mucho sufrimiento. La falta de dinero, consecuencia de los gastos producidos por la precaria salud de su hermana y los serios contratiempos derivados del apasionamiento de ésta por los desvalidos gatos callejeros de los barrios de Roma que ella recoge y lleva a su casa les causan infinidad de disgustos, obligándolas a cambios de residencia, no sólo de la ciudad al campo, sino de país, siempre con el acompañamiento gatuno –¡llegan a viajar con 23 gatos!-. En agosto de 1964 la policía de Roma les hacía llegar una orden expulsión de por quejas de un vecino motivada por los mininos, para que abandonaran la ciudad en un plazo de 12 horas, orden que no sería ejecutada gracias a la intervención del Presidente de la República, Saragat, aunque sí se irán un mes después. Entre los cambios de residencia y país, hay un lugar en plena naturaleza que resultará un remanso de paz en su vida, y que es de capital importancia en su creación literaria. Se trata de «La Pièce», una casa-granja, medio cueva, incrustada en la roca, en el Jura francés, cerca de la frontera suiza, donde María Zambrano se siente totalmente a su gusto, fascinada por él desde el primer momento de su llegada, que le recuerda un convento abandonado y al cual retornará años después, buscando la calma y el sosiego. Es un lugar muy tranquilo, y aquí trabajará más que nunca, convirtiendo su estancia en un período realmente fructífero, «un lugar virgiliano (...) donde creó ámbitos para la oración y la confesión», que diría su amiga Reyna.[6] En 1974, después de la muerte de Araceli, que había fallecido como consecuencia de una tromboflebitis aguda en 1972, regresará de nuevo allí.

Entretanto en España se empezaba a hablar de esa singular y "rara" escritora. En febrero de 1966 José Luis L. Aranguren publica en la *Revista de Occidente «Los sueños de María Zambrano»* y en septiembre de ese mismo año, Valente lo hace con «María Zambrano y el sueño creador». Un año después, José Luis Abellán le dedicaba un estudio en *Filosofía Española en América (1936-1966)*. También ese año la *Revista de Occidente* publica un fragmento de *La Tumba de Antígona*. Las publicaciones de y sobre María aumentan en España: «El horizonte y la destrucción» (*Diálogos* 64 [1975]), «Un pensador», «Homenaje a León Felipe» (*Cuadernos para el Diálogo* 162 [1976]); y «El viaje: infancia y muerte», sobre Lorca (*Trece de Nieve* 1-2 [1976]; «Pensamiento

[5] Cit. por Jesús Moreno Sanz en *Ibídem*, pág. 32.

[6] Cfr. Reyna Rivas: «María Zambrano. Tres Momentos Testimoniales de su exilio», en: Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II *Crisis Cultural y Compromiso Civil en María Zambrano*, Madrid 2004. Vélez- Málaga: Fundación María Zambrano, 2005.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

y poesía de Emilio Prados» (*Revista de Occidente* 15 [1977], «Acerca de la generación del 27» (*Insula* 368-369 [1977], «Presencia de Miguel Hernández» (*El Pais* 9 de Julio de 1978), «Una voz» (*Homenaje a Pablo Iglesias,* Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1979, y muchas más. Y aún, en palabras de Jesús Moreno Sanz «quedan otros muchos inéditos de esa época sobre poetas españoles contemporáneos que ella misma integró en un proyecto de libro sobre *Los lugares de la poesía,* que, a su vez, ella también quiso integrar en el otro inédito sobre *Poesía e historia*».[7]

La salud de María Zambrano se va deteriorando visiblemente, aunque para ella lo más preocupante y grave es la progresiva pérdida de la vista, que le dificulta la lectura y la escritura. Aún así, sigue escribiendo algo, mientras va ordenando material para siguientes publicaciones, entre ellas *Los bienaventurados,* obra clave, en nuestra opinión, para comprender la idea de María Zambrano sobre el exilio.

En 1980, ya muy debilitada y frágil, se traslada a vivir a Ginebra, donde recibe los cuidados de amigos y médicos que la tratan con especial atención y cariño. Desde mediados de mayo de 1981 el profesor, escritor y filósofo Jesús Moreno Sanz, experto en María Zambrano, como ponen de manifiesto las repetidas alusiones a su persona en los escritos sobre nuestra filósofa, se pone en contacto con ella –telefónicamente primero y por correspondencia después–, contactos que culminarán en la vuelta de María Zambrano a nuestro país. Es a partir de este año cuando se la empieza a reconocer oficialmente en España. Y como asturiana que soy, me siento orgullosa de saber que fue a través de la colonia asturiana de Ginebra que se la nombra hija adoptiva del Principado de Asturias y se le concede el «Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades». El 13 de junio, el suplemento cultural «Sábado Literario» del periódico *Pueblo* le dedica todas sus páginas y esa misma noche en Radio Nacional de España se ofrece una larga entrevista con ella del poeta J.M. Ullán. Poco tiempo después *Cuadernos del Norte* le dedica un número especial y también el Ayuntamiento de Vélez-Málaga la nombra hija predilecta. Al año siguiente, la Universidad de Málaga la nombra Doctora «Honoris Causa», al mismo tiempo que publica la obra *María Zambrano o la metafísica recuperada,* coordinada por el actual director de la Fundación María Zambrano, Juan Fernando Ortega Muñoz. Su salud sigue en continuo deterioro, lo que impide su proyectado regreso a España cuando todo estaba a punto para realizarlo. Prácticamente desahuciada por los médicos, con una profunda anemia, una acusada artrosis y casi ciega debido a las cataratas que sufre en ambos ojos, la internan en una clínica de Ginebra, donde, casi podría decirse que milagrosamente, se recupera. Una vez operada de las cataratas, regresa a España, a Madrid, el 20 de noviembre de 1984. Poco a poco su salud se va recuperando y después de haberse instalado en un piso cercano al parque del Retiro y recibir el afecto de muchos amigos y admiradores, recomienza su inagotable actividad intelectual. [8]

---

[7] Cfr. Jesús Moreno Sanz: *Ibídem,* págs. 37-38.

[8] En el proceso de su regreso a nuestro país y su readaptación al nuevo entorno jugó un papel determinante Jesús Moreno Sanz, por lo que los lectores y entusiastas de esta singular mujer que fue María Zambrano le estamos muy agradecidos.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

Los reconocimientos a su persona y a su obra continuaron manifestándose y así, el 28 de febrero de 1985, es nombrada hija predilecta de Andalucía. En años sucesivos se publican nuevas obras, como *Senderos*, o se reeditan otras, como *Filosofía y poesía*, *La agonía de Europa* y *La confesión*. En 1987 se constituye en su pueblo natal, Vélez-Málaga, la Fundación que lleva su nombre y a la que agradezco su amabilidad y generosidad en facilitarme información y material para el estudio de la obra de María Zambrano. Un año después, se le concede el máximo galardón de las letras en lengua española: el Premio Cervantes, siendo la primera mujer galardonada con él. A pesar de que físicamente parecía imposible que pudiera seguir realizando labor intelectual alguna, su gran fuerza de voluntad se impone y aún sigue trabajando, revisando material con su secretaria, Rosa Mascarell, y preparando el que constituirá el libro *Los Bienaventurados,* así como *Los sueños y el tiempo*. El 6 de febrero de 1991 fallecía en el hospital de la Princesa esta gran intelectual y gran mujer que fue María Zambrano.[9]

Podría afirmarse que la política fue para María Zambrano casi consubstancial desde muy joven, influida, sin duda por el ambiente en el que se desarrolló su adolescencia, habiendo tenido un padre tan comprometido con el desarrollo social y cultural de su entorno, y ella misma aseguró que ésta había sido su manera de integrarse en la sociedad. «La política es para ella el "no conformismo, protesta ante lo que es y ansia de lo que debe ser"[10] ya que el hombre es un ser que constantemente se dibuja en un proyecto político. Y ese convencimiento de nuestra filósofa lo expresa el director de la Fundación con las siguientes palabras:

> «María Zambrano tiene desde muy joven claramente definido su ideal político social, que la va a guiar toda su vida: conseguir para la sociedad de su momento histórico "una libertad esencialmente democrática" que se ponga al servicio de los altos valores morales y culturales, al servicio del espíritu en vez de intentar señorearlo».[11]

Fue, indudablemente, ese no conformismo ante lo que estaba sucediendo en nuestro país, tan contrapuesto a lo que ella creía que debía ser, lo que la obligó a exiliarse.

No es de extrañar, pues, que el tema y las alusiones al exilio aparezcan a menudo en sus escritos. Pero es principalmente en *Los Bienaventurados,* donde condensa su idea sobre el mismo, sobre el proceso experimentado por aquellos que lo han vivido: las estaciones, las vivencias y estados de ánimo que se van alternando en la vida del exiliado, en su transitar por ese «otro lugar» al que lo han proscrito. Pero

---

[9] Muchos de los datos biográficos de María Zambrano tienen como fuente el excelente citado artículo de Jesús Moreno Sanz: «Luz para la sangre. Genealogía del pensamiento en la vida de María Zambrano».

[10] Citado por Juan Fernando Ortega Muñoz en la inauguración del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano. Cfr. Actas del Congreso.... : II. *Crisis Cultural y Compromiso Civil en María Zambrano*, Madrid 2004, pág. 9.

[11] Juan Fernando Ortega Muñoz en *Ibídem*.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

María Zambrano aporta una nueva dimensión al exilio, presentándolo de distinta forma, diferenciándolo de la concepción y descripción que de él han hecho otros autores, pues considera que éste no empieza inmediatamente después de traspasar la frontera de la patria, ni todo aquel que la traspasa es ya un exiliado, sino que la persona que ha tenido que abandonar su país va atravesando diferentes estadios: refugiado, desterrado y, finalmente, exiliado:[12]

Comienza la iniciación al exilio cuando comienza el abandono; lo que al refugiado no le sucede ni al desterrado tampoco. El refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco, que se le ofrece y aún concede y, en el más hiriente de los casos, donde se le tolera. Algo encuentra dentro de lo cual depositar su cuerpo que fue expulsado de ese su lugar primero, patria se le llama, casa propia, de lo propio, aunque fuese el lagar de la propia miseria. Y en el destierro se siente sin tierra, la suya, y sin otra ajena que pueda sustituirla. Patria, casa, tierra no son exactamente lo mismo. Recintos diferentes o modos diferentes en que el lugar inicial perdido se configura y presenta.[13]

Pero el encontrarse en el destierro –dice María Zambrano-, no hace sentir el exilio, es ante todo la expulsión, lo que siente el desterrado. Y más tarde es la distancia insalvable y la incierta presencia física del país perdido. Y es aquí, según ella, donde empieza el exilio, el sentirse ya al borde del exilio:[14]

De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera adónde. Pues de lo que huye el prometido al exilio, marcado ya por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el suyo. Y puede quedarse tan sólo allí donde pueda agonizar libremente, ir meciéndose al mar que se revive, estar despierto sólo cuando el amor que le llena se lo permite, en soledad y libertad.[15]

---

[12] «Al propiamente refugiado, al únicamente refugiado, el destierro no le absorbe, alguna ráfaga de sentimiento, o más bien de sentimentalidad que le hace asomar lágrimas a los ojos, un consuelo en la debilidad y hasta una especie de ofrenda de aplacatoria a los Lares que a medida que abandona se jura mantener en alto siempre. Y se siente así más fiel a su tierra que nunca, más que nadie, más que los demás. Pues que la comparación se va apoderando de su mente y del inagotable cálculo que podríamos llamar "existencial."

Y mientras, el desterrado mira, sueña con los ojos abiertos, se ha quedado atónito sin llanto y sin palabra, como en estado de pasmo. Y si atiende a su oficio, sea el mismo o diferente de aquel que tenía, no le saca de esa mudez, aunque para cumplirlo haya de hablar. Ningún quehacer le hace salir de ese estado en que todo se ve fijo, nítido, presente, mas sin relación.» María Zambrano: *Ibídem,* pág. 37

[13] María Zambrano: *Ibídem,* págs. 31-32.

[14] Cfr. *Ibídem,* pág. 32.

[15] *Ibídem*, págs 37-38.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

El proceso puede ser muy largo, como es el caso de la misma autora. Algunos exiliados terminan adaptándose a vivir en el exilio, renunciando incluso a volver a su país una vez finalizado el proceso de adaptación y si regresan, a menudo lo hacen con sentimientos encontrados, ya que es bien sabida la frase "una vez exiliado, siempre exiliado". Ya nunca al regresar a los lugares añorados en los años transcurridos desde su partida los encontrará como había imaginado. Para otros, el regreso puede no llegar nunca y la dolorosa experiencia de no encontrar un lugar donde asentarse, un lugar con el que pueda identificarse plenamente, le obligará a seguir buscando, quizás inconscientemente, el lugar que ha perdido al abandonar su país, siempre bajo la esperanza de que las causas políticas que motivaron el exilio cambien.

María Zambrano compara el exilio con un desierto infinito, sin horizontes, ilimitado. El desierto que se nos puede presentar como metáfora de nomadismo, como lugar donde se puede deambular sin tener un lugar fijo, sin echar raíces, pero también, debido a su desnudez, como el sitio ideal para encontrarse a sí mismo:

Para no perderse, enajenarse, en el desierto hay que encerrar dentro de sí el desierto. Hay que adentrar, interiorizar el desierto en el alma, en la mente, en los sentidos mismos, aguzando el oído en detrimento de la vista para evitar los espejismos y escuchar las voces[16]

No obstante, la dura experiencia del exilio tiene también sus ventajas en la vida del exiliado. Éste pasa a ser un bienaventurado, puesto que por medio de esa experiencia ha conseguido una introspección analítica de su conciencia y de sus verdaderos sentimientos que le lleva a descubrir o redescubrir lo más recóndito de su ser y a forjarse a sí mismo.

«El exilio es el lugar privilegiado para que la Patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla. Ya sin sed su mirada no la vislumbra en el hueco dejado por el último rayo de sol, ni el árbol caído que se obstina en verdecer, ni en el guijarro que todos apartan sin mirarlo, aunque brilla un poco, ni en parte alguna. Cuando ya se sabe sin ella, sin padecer alguno, cuando ya no se recibe nada, nada de la patria, entonces se le aparece. No la puede definir, pues que tan siquiera la reconoce. ¿Sale acaso del fondo de su ser, de ese mismo fondo inaccesible que irónicamente despide alguna centella para no ser olvidado? Podría. Más es reconocible en una sola palabra de su idioma, de su propio idioma, la que le da esa presencia impositiva, imperante, inesquivable.[17]

Y en la inmensidad del exilio, el exiliado se encuentra con el desamparo, y el sentimiento de sentirse abandonado le producen «esos vacíos que en la vida de todos los hombres, en cualquier situación, aparecen y desaparecen. Y así también esas centellas

[16] María Zambrano: *Los Bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990, pág. 41.
[17] María Zambrano: *Los Bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990, pág. 42-43.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

de desamparo, esas saetas que en la piel del ser produce el quedarse en la intemperie, es decir, desnudo ante los elementos, que entonces muestran toda su fuerza. Y así el firmamento mismo se retira, desaparece su firmeza, su mediación.»[18]

Al pensar en los exiliados de nuestra Guerra Civil, suelo vincular a María Zambrano con Antonio Machado, poeta al que admiro desde mi adolescencia,[19] docente de idiomas, como todos nosotros; castellano, si no de nacimiento, sí «de vocación» por lo mucho que cantó a esta tierra, y al cual Soria homenajea en este año de 2007 por cumplirse los 100 años en que Machado ocupó la cátedra de francés del único Instituto de Bachillerato que existía en la ciudad a principios del siglo pasado.[20] María Zambrano y Machado se conocían como consecuencia de la entrañable amistad que había surgido entre éste y el padre de María, Blas Zambrano, en Segovia, donde habían destacado por su colaboración en actividades socioculturales en esa ciudad castellana, así como la coincidencia en sus ideales políticos, amistad que se prolongaría hasta la muerte de D. Blas, acaecida pocas semanas antes del fallecimiento del mismo Machado.

El exilio de ambos autores, a pesar de haber sido muy distintos, se convierte en algo inevitablemente relacionado entre sí, una vez visto el excelente documental *Una muchacha llamada María,* realizado por Irene del Pozo y Marta Saleta y promovido por el Excmo. Ayuntamiento de Vélez-Málaga, donde se relata el reencuentro de ambos cuando María Zambrano sale de España hacia el exilio en compañía de su madre, recientemente viuda, y su hermana Araceli en el mismo coche que condujo a Manuel Azaña también al exilio del que no regresaría. Poco antes de llegar a la frontera francesa, María ve a Antonio Machado caminando entre la multitud de españoles que intentan llegar al país vecino. El entrañable viejo amigo, agotado y con dificultades para moverse, –tiene 64 años–, camina al lado de su anciana madre, de 88. María baja del coche y les invita a subir, pero ante la negativa de Machado, desciende ella también y camina a su lado. Juntos cruzan la frontera el 27 de enero de 1939, y ya en Le Perthus, María se reúne con su esposo para continuar viaje hasta Paris y de allí a Méjico, mientras su madre y hermana se quedarían en la capital francesa. Entretanto, Machado, su madre y su hermano José llegan el 29 de enero al pueblecito pesquero de Collioure. En el mes de febrero Machado cae enfermo, falleciendo el 22 de ese mismo mes, tres días antes que su madre. Los dos fueron enterrados, como se sabe, en el cementerio de esa localidad francesa donde aún descansan sus restos.

---

[18] María Zambrano: *Los Bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990, pág. 38.

[19] Machado figura, asimismo, como uno de los poetas preferidos de María Zambrano, junto con San Juan de la Cruz, Hölderlin y Rilke. Cfr. al respecto Jesús Moreno Sanz: «Luz para la sangre. Genealogía del pensamiento en la vida de María Zambrano», en José María Beneiyto/Juan Antonio González Fuentes (coord.): *María Zambrano. La visión más transparente*. Madrid: Editorial Trotta, 2004, pág. 33.

[20] El cumpleaños de Antonio Machado casi coincide con la inauguración de nuestro Congreso, ya que el poeta había nacido un 26 de julio de 1875 en la ciudad de Sevilla.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

El exilio político de los dos autores tiene la misma causa en su origen y el mismo país de procedencia, pero fueron muy distintos en su trayectoria y su final. El de María fue muy dilatado, tanto en el tiempo –cuarenta y cinco años fuera de su patria, desde 1939 hasta 1984-, como geográficamente, ya que su estancia tiene lugar en muchos países, situados –como hemos indicado– en dos Continentes, en los que concurren las mas variadas características geográficas, políticas y sociales –Francia, Méjico, Cuba, Puerto Rico, Italia, Suiza–, residiendo en grandes ciudades del interior como París, Méjico, Roma, Ginebra, Morelia, y otras al lado del mar, como San Juan de Puerto Rico, y, sobre todo, en La Habana, ciudad que tuvo un especial significado para ella hasta el extremo de considerarla, como señalábamos antes, su "patria prenatal". El exilio de Machado fuera de España, por el contrario, fue muy corto y a él no le dio tiempo a vivir ni en grandes ciudades, ni en preciosas islas como son La Habana o San Juan de Puerto Rico. Pero hay muchas clases de exilios, exilios fuera y dentro de la misma patria, y Machado ya había sufrido el dolor de sentirse exiliado, el dolor de la lejanía y de la ausencia de lo que se ama, antes de que le obligaran a abandonar su patria. Fue muchos años antes cuando, transido de dolor, abandonó la ciudad de Soria a la muerte de su joven e idolatrada esposa Leonor, intentando superar el vacío que ella había dejado en su vida. Leyendo sus poemas, el lector siente con él la enorme nostalgia y la añoranza de los momentos felices, caminando con ella a su lado por las estrechas calles, las recoletas plazuelas y los hermosos alrededores de la bella ciudad castellana, y cómo Machado se siente exiliado dentro de su país. Muchos de sus poemas reflejan sentimientos semejantes a los expresados por otros escritores exiliados fuera de España:

> En estos campos de la tierra mía,
> y extranjero en los campos de mi tierra
> yo tuve patria donde corre el Duero[21]
> por entre grises peñas
> y fantasmas de viejos encinares,
> allá en Castilla, mística y guerrera;
> Castilla la gentil, humilde y brava;
> Castilla del desdén y de la fuerza-,
> En estos campos de mi Andalucía,
> ¡oh tierra en que nací!,
> cantar quisiera.[22]

Pero es en los versos de uno de sus más conocidos poemas, el XXX de su *Campos de Castilla A José María Palacio*, amigo suyo y primo de Leonor, donde más se refleja el dolor de la nostalgia: [23]

---

[21] La negrita es mía.

[22] Manuel y Antonio Machado: *Obras completas*. Madrid: Editorial Plenitud, 1967, págs. 806-807.

[23] Manuel y Antonio Machado: *Ibídem, págs.* 808-809.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y del camino? En la estepa
del alto Duero, primavera tarda,
pero es tan bella cuando llega!...
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
Y nevados los montes de las sierras.
¡Oh mole del Moncayo blanco y rosa,
allá en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
Habrá trigales verdes,
y mulas pardas en las sementeras,
y labriegos que siembran los tardíos
con las lluvias de abril. Ya las abejas
libarán del tomillo y el romero.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra...

Pero volvamos a María Zambrano y a su experiencia del exilio. En la introducción al capítulo dedicado al exiliado nos habla María de las revelaciones del exilio y se pregunta si resultará excesivo aplicar aquí el término «revelación» por estar éste normalmente confinado a lo religioso. Después de varias reflexiones, añade la filósofa que «es en el ser y desde el ser como se reciben las revelaciones. Es la visión la que se da al ser». Y sigue en sus reflexiones para demostrar lo íntimamente ligada que está la visión al ser. E igualmente relaciona la visión con la experiencia de la persona:

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes

La experiencia es desde un ser, éste que es el hombre, éste que soy yo, que voy siendo en virtud de lo que veo y padezco y no de lo que razono y pienso. Porque el hombre se padece a sí mismo y por lo que ve. Lo que ve le hiere, le puede herir aún prodigiosamente para que su ser se le abra y se le revele, para que vaya saliendo de la congénita oscuridad a la luz, esa que ya hirió sus ojos –heridas– cuando los abrió por primera vez, cuando salió de su sueño o vio su sueño.[24]

La experiencia del exilio puede ser inmensamente valiosa. Para ella, el exilio, aunque muy amargo, ya que duraría casi la mitad de su vida, fue también una experiencia muy enriquecedora y ella misma dijo que sin él no podía imaginarse su carrera vital. En un artículo publicado en ABC el 28 de agosto de 1989 y que intitulaba «Amo mi exilio» lo evidenciaba contundentemente:

Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida pero que una vez se conoce, es irrenunciable.[25]

¡La experiencia del exilio! Tanto se podría decir sobre esta experiencia... Todos y cada uno de los cientos de miles de exiliados que la han vivido podrían hablar de ella con criterios distintos, pero todos tendrían, creo, como denominador común la nostalgia de la patria, de sus Lares. ¡Volver!, ¡volver!, suele ser la voz más repetida que surge de lo más profundo de su ser. Algunos lo consiguieron, pero otros no hallaron lo que esperaban encontrar a su vuelta. Y muchos otros se quedaron para siempre allende las fronteras. Alegrémonos por aquellos que volvieron, entre ellos esta extraordinaria mujer, filósofa y ensayista genial, que fue María Zambrano.

[24] María Zambrano: *Los Bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990, págs. 29-30

[25] Citado por Antolín C. Sánchez en: «María Zambrano: El exilio como destino y vocación», en: *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II Crisis Cultural y Compromiso Civil en María Zambrano, Madrid 2004*. Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano, 2005, pág. 397.

ACTAS XLII (AEPE). María Luz BLANCO CAMBLOR. María Zambrano y la experiencia del exilio
Centro Virtual Cervantes